

SEMBLANZA BIOBIBLIOGRÁFICA

La justicia es como las serpientes: sólo muerde a los descalzos.
(Monseñor Óscar Arnulfo Romero⁶)

Miguel Hernández será la voz que, fuera de su contexto histórico, permanecerá en este nuevo milenio como uno de los grandes poetas del amor, de la justicia y de la solidaridad de todo el siglo XX. Desaparecerán los sesgos de su contingencia política, se desconocerán las vicisitudes históricas de los contendientes en guerra y Miguel Hernández continuará siendo leído, recitado y cantado por la profunda garra de su vis poética.

Con todo, todavía hoy lo más atractivo de la poesía de Miguel Hernández sigue siendo su compromiso personal, social y político que, en efecto, trasciende los límites de su tiempo y de su entorno. La empatía para los lectores está garantizada para quienes conocen su trayectoria vital, repartida entre miserias económicas y miserias afectivas, entre ilusiones y tragedias, entre intentos y frustraciones, entre sustos y lutos.

En la historia de la literatura, lo escrito incumbe más que el escritor; a lo sumo, la obra literaria encumbra al autor. Sin embargo, hay casos en los que un personaje ficticio descuella del texto e incluso se sobrepone al propio creador: don Quijote es el modelo; en otros casos, excepcionalmente, es la persona la que brilla por encima de sus textos: el paradigma es ahora Miguel Hernández. En ambas situaciones estamos ante símbolos. Don Quijote ha sido el prototipo del espíritu idealista y del poder de la libertad «para desfazer entuertos» y para poner en solfa una sociedad desmembrada, depauperada, jactanciosa, insolidaria y hasta injusta. Miguel Hernández lo comprendió bien y comparó explícitamente al personaje cervantino con el protagonista de su última obra teatral, *Pastor de la muerte* (1937), para que comprendiéramos la relevancia de su propio quehacer literario en tiempos de guerra:

Don Quijote héroe deforma la realidad necesaria a su condición de héroe, que tropieza con una realidad pequeña, vulgar, donde es imposible el desenvolvimiento de las acciones que su corazón héroe le dicta. El don Quijote de hoy, Pedro el antitanquista, deforma la realidad tremenda que le rodea y la empequeñece a fuerza de echarle valor, heroísmo. Para don Quijote las ovejas son ejércitos. Para Pedro los ejércitos, los tanques, ovejas. Son el mismo héroe actuando.

«José Saramago, premio Nobel de Literatura en 1998, corrigiendo al Ortega y Gasset doctorando –«Vida es una cosa; poesía, otra...: no las mezclamos»–, ha insistido recientemente en la coherencia de vida y obra literaria como el rasgo

⁶ Monseñor Romero, arzobispo de San Salvador, eminente defensor de la Teología de la liberación, fue asesinado en 1980, mientras celebraba misa.

diferenciador de un poeta de la talla universal de Miguel Hernández, muy en la línea del compromiso épico y ético que trazó asimismo el escritor alemán Bertolt Brecht (1898-1956): «El arte no es un espejo para reflejar la realidad, sino un martillo para darle forma»; por ello, y sobre todo para el artista, «El regalo más grande que se le puede dar a los demás es el ejemplo de la propia vida».



© Archivo Herederos M.H.

Los cuatro hermanos de la familia Hernández Gilabert que sobrevivieron a la infancia. De izquierda a derecha: Miguel, Vicente, Encarna y Elvira.

Miguel Hernández nació, en el seno de una modesta familia de tratantes de ganado, el 30 de octubre de 1910, en la calle de san Juan, 80 (actual Antonio Piniés), en Orihuela (Alicante). Orihuela, capital de la comarca de la Vega Baja del río Segura, era una población eminentemente agrícola, de rancio abolengo nobiliario, caciquil e inmovilista, de practicante y absorbente religiosidad y de presencia católica. El dicho popular lo pregonaba a los visitantes: «No hay en ella calle sin templo, ni plaza sin convento, ni rincón sin palacio». La vida plácida y conformista de Orihuela era la de una pequeña arcadia, la de una ciudad levítica que ya contaba con treinta y tres iglesias y conventos para sus apenas diez mil habitantes, y ocho monumentos históricos nacionales, huella del esplendor de su pasado. Siguiendo la tradición religiosa, el pequeño Miguel es bautizado el 3 de noviembre en la parroquia de El Salvador (la catedral de la diócesis de Orihuela⁷).

Y, siguiendo la tradición, Miguel forma parte de un proyecto de familia numerosa. Los padres, Miguel Hernández Sánchez, el *Visenterre*⁸ (oriundo de Redován, a unos cinco kilómetros de Orihuela) y Concepción Gilabert Giner, *Concheta* (nativa de Orihuela), tienen siete hijos de los que sólo sobreviven a la infancia cuatro: Vicente (1906), Elvira (1908), Miguel (1910) y Encarnación (1917); entre Miguel y Encarnación nacieron Concepción (1912), Josefina (1914) y Montserrat (1915), tres chicas que mueren bebés.

Durante su adolescencia, Hernández había leído febrilmente, a escondidas de un padre asentado en las tradiciones de la época que no toleró que permaneciera en el colegio más allá de sus catorce años porque había de trabajar

⁷ Orihuela, conocido popularmente como *Orihuelica del Señor*, era la sede de la diócesis. La diócesis pasaría a denominarse diócesis de Orihuela-Alicante cuando, en 1968, el obispo Pablo Barrachina traslada la sede y la residencia episcopal a la capital de la provincia. Quedará en Orihuela el palacio episcopal cerrado, frente a la catedral, separados, o unidos, ambos edificios por la calle Mayor.

⁸ A los miembros de la familia se les apodaba los *Visenterres* por el nombre de pila del abuelo del poeta, Vicente [Visente] Hernández.

como los demás miembros de la familia. ¡Un padre que castigaba a su hijo por leer! ¡O *tempora!* ¡O *mores!* Miguel supo generalizar su situación y su sentimiento en el poema «El niño yuntero»: un niño, «menor que un grano de avena», que «Contar sus años no sabe, / y ya sabe que el sudor / es una corona grave / de sal para el labrador». Y es que, por encima de cualquier otra circunstancia, al joven Hernández lo caracteriza una precariedad afectiva de desilusionantes raíces infantiles, como denunció en «Las abarcas desiertas»: «Nunca tuve zapatos, / ni trajes, ni palabras: / siempre tuve regatos⁹, / siempre penas y cabras».

Fue, en efecto, pastor de cabras, aunque despistado y por poco tiempo. Aún púber, ya mostraba paso firme y decidido por las calles de Orihuela y, aunque ensimismado a veces, era apreciado por su saber deslumbrantemente precoz y por su jovialidad entre los amigos. Los testimonios de sus coetáneos oriolanos, con los que formó el equipo de fútbol *La Repartidora*, en torno a 1925, nos ofrecen un perfil de buena persona –bueno en el buen sentido de la palabra, que dijo Machado–:

«Eso era un talento. Sin estudios ni ná. (...) [Para nosotros] Él era el estudiante (y nos ayudaba). Y, cuando hablaba, se callaba *hasta Dios*» (Rosendo Mas); «La carrera que él tenía era muy bonita: era el amor a los demás» (Antonio Bernabéu). Por cierto que Miguel, como no era muy rápido ni muy hábil con el balón en los pies, recibió el mote de *El barbacha*, un tipo de caracol de la zona especialmente lento¹⁰.



Equipo de fútbol *La Repartidora*. Miguel Hernandez es el segundo agachado por la derecha.

El padre del futuro poeta ha alcanzado una moderada posición que le ha permitido adquirir una vivienda, donde, en un pequeño redil, guarda un rebaño de cincuenta a noventa cabras. A la nueva casa familiar, sita en la calle de Arriba –hoy calle de Miguel Hernández, n.º 73–, la actual casa-museo, se marcha a vivir la familia Hernández Gilabert en 1914. La casa tiene jardín, establo con abrevadero y un patio con cinco o seis árboles y plantas: moreras, limonero, higuera, cactus... Nada hay de grandes dimensiones, pero es espa-

⁹ *Regatos*: regatas, arroyuelos; remanso de agua poco profundo.

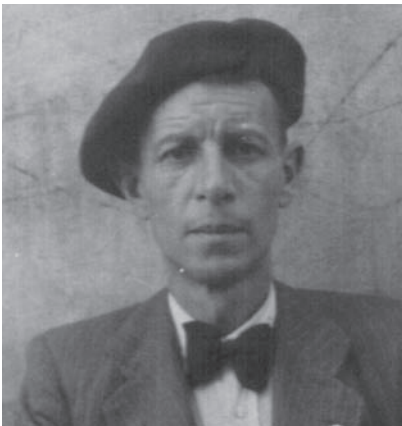
¹⁰ Los equipos adversarios fueron el Iberia y los Yankes. El Iberia estaba integrado por la burguesía más granada de Orihuela; los Yankes, por los chicos de la calle de la Acequia. La *Repartidora*, donde jugaba Rosendo Mas y Vicente Sarabia, alias *Paná*, tenía su himno con letra de Miguel y música del pasacalle «Los nardos» de la zarzuela *Las Leandras*, aquel que empezaba así: «Por la calle de Alcalá, / con la falda almidoná...». Dado el éxito, creó otra canción para ridiculizar a los rivales con la música del chotis «Pichi» de la misma zarzuela («Pichi es el chulo que castiga...»).

ciosa. Está situada a la falda de la sierra, junto al majestuoso colegio de Santo Domingo, a unos veinte metros de las Escuelas del Ave María. En un rincón del patio, el aprendiz de poeta instala, a la intemperie, una mesa con grandes piedras mirando a la peña: su *despacho*.

Desde su infancia Miguel es, como su hermano mayor, sobre todo, pastor de cabras: conoce todos los secretos de la naturaleza, y colabora a la economía familiar con el reparto de leche por las casas vecinas.

Su escolarización fue breve, pero más amplia de lo que se ha dado a entender hasta ahora. A los cuatro años, Miguel es llevado unos meses (del 17 de mayo de 1915 a febrero de 1916) a un colegio-guardería privado, el colegio de Nuestra Señora de Montserrat, en la vecina calle de La Corredera (hoy Pintor Agrasot, n.º 58), dirigido por el maestro José Pellús Rodríguez. Poco después, Hernández continuaba su andanza escolar, a los ocho años, en las Escuelas del Ave María (de 1918 a 1923), institución para niños pobres creada en Orihuela en 1915, en cuyo patio, a la sombra de dos frondosos y gigantescos árboles, se encontraban la *arrejullaera*¹¹, un mapa de la península Ibérica de cemento con los relieves de montañas y ríos, y, al fondo, la gruta de la virgen de Lourdes. Estos centros docentes de enseñanza elemental seguían la pedagogía que el padre Andrés Manjón había iniciado en Granada: atendían, al aire libre y en clases separadas, a los niños y a las niñas de barrios pobres. El maestro responsable de su instrucción fue Ignacio Gutiérrez Tienda. Las Escuelas se encontraban próximas a la casa familiar, en la parte trasera colindante con el colegio de Santo Domingo y se accedía por una enorme puerta que, más tarde, pasó a ser la puerta de servicio del afamado colegio. Precisamente al monumental y hermosísimo colegio de

Santo Domingo accedió Miguel a los trece años como «alumno de bolsillo pobre», esto es, con una especie de beca por sus dotes intelectuales y su prometedora aplicación, que le concede el propio rector del colegio, el padre Ramón Lloberola. El complejo religioso de Santo Domingo, conocido como El Escorial del Levante, fue creciendo desde el siglo 1547; incluía un convento, con su barroca iglesia de bellísima factura, réplica de *Il Gesù*, de Roma, y su claustro, la zona de la antigua Universidad Literaria y el colegio, exclusivamente masculino, regentado por los jesuitas hasta su expulsión de España (en 1932). Allí se da a conocer al canónigo Luis Almarcha, que lo anima en sus estudios



José Pellús Rodríguez, el primer maestro de Miguel.

¹¹ La *arrejullaera* era una pequeña peña o montículo de granito de unos 12 metros de ancho y cuatro de alto por el que se deslizaban los estudiantes a modo de tobogán natural.

Antología



I. El mundo externo (1910-1934)

1. Lagarto, mosca, grillo	55
2. Día armónico	56
3. (Leyendo)	56
4. Pastoril	57
5. En mi barraquica	59
6. (Toro)	61
7. Navaja – de punta	61
8. El Nazareno	62

II. El encuentro con los otros: amistad y amor. Juventud sin amores no es juventud (1934-1936)

9. Estoy perdidamente enamorado	63
10. Es tu boca	63
11. Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo	64
12. Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos	64
13. Te me mueres de casta y sencilla	65
14. Umbrío por la pena, casi bruno	66
15. Un carnívoro cuchillo	66
16. ¿No cesará este rayo que me habita	67
17. No me conformo, no: me desespero	68
18. Por una senda van los hortelanos	68
19. Como el toro he nacido para el luto	69
20. Sonreídme	69
21. Amores que se van	71
22. Elegía a Ramón Sijé	73
23. Elegía primera. (A Federico García Lorca, poeta)	74

III. La poesía de guerra: el poeta-soldado (1936-1938)

24. Vientos del pueblo	78
25. El Herido (II)	80
26. El niño yuntero	80
27. Las abarcas desiertas	82
28. Aceituneros	83
29. Canción del esposo soldado	85
30. Canción primera	86
31. Canción última	87

IV. Poesía intimista y poesía carcelaria (1938-1941)

32. Bocas de ira	88
33. Ausencia en todo veo	89
34. Rumorosas pestañas	89
35. ¿Qué quiere el viento de encono?	90
36. Vals de los enamorados y unidos hasta siempre	91
37. Un viento ceniciento	91
38. El sol, la rosa y el niño	92
39. Cuerpo del amanecer	92
40. Hijo de la luz y de la sombra	95
41. Nanas de la cebolla	97
42. El pez más viejo del río	99
43. Menos tu vientre	100
44. Cantar	100
45. Antes del odio	101
46. Besarse, mujer	103
47. La boca	104
48. Con dos años, dos flores	105
49. Rueda que irás muy lejos	107
50. Eterna sombra	

III. La poesía de guerra: el poeta-soldado (1936-1938)

Viento del pueblo

24 Vientos del pueblo

Vientos¹ del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,

¹ *Vientos*: con el valor simbólico de impulso social e histórico (bélico). El 'silbo vulnorado' (resonancia de San Juan de la Cruz, en el germen de El rayo que no cesa) del herido por amor se ha mudado en 'viento libre' (impregnado de virilidad, heroísmo y amor social).

aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros, de arrogancia,
y, detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.
Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

Para el muro de un hospital de sangre.

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho: dan espuma mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,
ella pondrá dos piedras de futura mirada,
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan
en la carne talada.

Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo a cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.

26 EL NIÑO YUNTERO¹

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

¹ *Yuntero*: persona que labra la tierra con una pareja de animales o yunta (bueyes, mulas...).

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge² de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido³,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente⁴
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastros,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho⁵
tan grande bajo su planta.

² *Se unge*: se unta con óleo sagrado a una persona para consagrarla en alguna alta dignidad. (De uso figurado o simbólico).

³ *Bruñido*: brillante, lustroso, aplicado a metal, piedra o talla dura; se refiere aquí al color moreno o ennegrecido de la piel.

⁴ La tierra se lo traga y se funde en uno. Lo que en la etapa anterior del amor a su novia era un ir muriéndose por amar aquí lo es por tener que trabajar tan de niño; es apreciable el paso de concienciación y compromiso social dado.

⁵ *Barbecho*: tierra que se dejó de sembrar por un período (incluso uno o más años) para que descansara y recuperara nutrientes que favorezcan el cultivo.

BREVE ANÁLISIS TEMÁTICO Y ESTILÍSTICO DE LA POESÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

1. Miguel Hernández y la naturaleza

Miguel Hernández nace en un ambiente rural y mediterráneo de la España de principios de siglo XX. Vive impregnado de naturaleza y ésta empapa toda su obra literaria. Fue gran conocedor y amante de la fauna, la flora y el mundo mineral de su entorno levantino. Hernández es el poeta que devuelve la poesía a la naturaleza; la rescata de la desnaturalización del grupo del 27: trueca la naturaleza conceptual en «agricultura viva» y directa.

Miguel Hernández está muy ligado a la naturaleza como escritor y como persona. Su propia casa familiar era un rincón de naturaleza. La casa estaba ubicada al pie de la sierra, en el llamado Rellano Blanco. Y en el interior de la vivienda se había cultivado un denso, aunque minúsculo, ambiente agrícola y ganadero. Su patio, donde leña y escribía frente a la mítica higuera hernandiana es, para él, «Paraíso local, creación postrera, / si breve, de mi casa; / sitiado abril, tapiada primavera, / donde mi vida pasa / calmándole la sed cuando le abrasa».

a. La naturaleza real como entorno vital: la poesía sensorial

En su primera etapa, la naturaleza abarca el paisaje y los elementos cotidianos de su modesta existencia. Una naturaleza que se constituye en la protagonista del poema. El poeta inicia su viaje literario acogiendo como figura estelar de sus poemas a la **naturaleza real**, con ligeros visos de imitación modernista o glorificación literaria.

Su capacidad de observación y su poder descriptivo aspiran a la sublimidad, esto es, a la excelencia. Desde lo alto de la sierra de san Miguel, donde se ubica el Seminario diocesano, se divisa toda Orihuela, sus montañas y las ruinas del *castillo de los moros*, y se oyen sus campanas y se huelen sus aromas sin cesar. La poesía plástica –visual– de Hernández nos regala un cuadro poético casi hiperrealista en el poema «Contemplad»:

Si queréis el goce de visión tan grata
que la mente a creerlo terca se resista,
si queréis en una blonda⁸⁶ catarata
de color y luces anegar⁸⁷ la vista,

si queréis en ámbitos tan maravillosos
como en los que en sueños la alta mente yerra
revolar, en estos versos milagrosos
contemplad mi pueblo, contemplad mi tierra. (...)

⁸⁶ *Blonda*: rubia, clara.

⁸⁷ *Anegar*: inundar, llenar de manera rebosante.

Una sierra aurífera de un lado la apoya
y las ruinas muestra de un viejo castillo,
una huerta espléndida de verdor la enrolla
y un río de perlas síembrala y de brillo,

y, como un acero de descomunal
dimensión, la corta corvo y homicida⁸⁸,
y un palmar egregio y un regio rosal⁸⁹
brotan en cada punto de la inmensa herida⁹⁰ ... (...)

Campanarios de oro que por las mañanas,
cuando el alba virgen sobre el éter arde,
nuncios de los días, vuelcan sus campanas
que no más se duermen al rodar la tarde⁹¹. (...)

Sol de gloria y triunfo, soles soberanos
llamarazos ígneos que mirar aterra,
y ensoñante ambiente... ¡Contemplad, humanos!
¡Ahí tenéis el cuadro...! ¡Contemplad la tierra!

En sus poemillas más infantiles se advierte la estrecha vinculación entre el quehacer poético y su cotidianidad: «En cuclillas, ordeño / una cabrilla y un sueño».

Ahora bien, la naturaleza captada en el entorno inmediato de su experiencia pecuaria desarrolla otros dos rasgos que caracterizan su obra de adolescente y joven creador:

b. la naturaleza **relacionada con Dios**

c. la naturaleza **relacionada con la invención del lenguaje** y la retórica.

Ambas concepciones guardan relación con el misterio y la creación. Misterio y creación como esencias de la labor del poeta. En términos aristotélicos, la sustancia de la materia es la naturaleza; la forma la dará ora el misterio de la creación poética, ora el misterio de la creación divina.

⁸⁸ Sorprende el léxico y las imágenes en esta etapa temprana, similar ya al que empleará, por ejemplo, en 1935 y 1936 en torno al ciclo de *El rayo que no cesa* («Un carnívoro cuchillo de ala dulce y homicida...»).

⁸⁹ Apréciase el deleite del aprendiz Hernández en la sonoridad de estos serventesios: aliteraciones («corta corvo», «regio rosal») y rima interna («egregio y regio»).

⁹⁰ Recuerda la leyenda de san Jorge, venciendo a los dragones, y el milagroso brotar de un rosal de la sangre derramada. Éste es el origen del regalo de una rosa el día de su onomástica, 23 de abril; costumbre muy extendida especialmente en Cataluña. Además, en homenaje a Cervantes, se conmemora ese mismo día, el de su muerte en 1616, el día del libro. El obsequio completo, pues, consiste en un libro y una rosa.

⁹¹ Todavía en Orihuela se siguen oyendo los sonos de las campanas a todas horas. En la época de Miguel Hernández había treinta y tres iglesias en la ciudad, y hasta las más modestas querían sobresalir.

b. Naturaleza relacionada con Dios. Naturaleza, entusiasmo y plegaria

El entorno marca los vacilantes pasos literarios del aprendiz Miguel Hernández. Apacienta la majada, y aprovecha para leer entre árboles y riscos; se tuesta al sol en lo que él llamaba *la plancha*, en la empinada sierra de la Muela, pellizco divino a la planicie de la vega del Segura. Gran observador, Hernández escribe sobre lo que conoce con fidelidad y fervor: el paisaje oriolano y los componentes de la vida rural: el ordeño, el pastoreo, las aves, el sol, el atardecer, el limón, la navaja, la barraca... E incorpora metáforas puras, cuya imagen es una nueva percepción (sonora o visual) de la realidad, percepción ingenua y de sencilla comprensión:

Tiro piedras a un cordero;
y cada piedra que tiro
deja en la brisa un suspiro
y en el azul un lucero.

Indaga en el alma de las cosas, como quería Miguel de Unamuno y como había logrado Jorge Guillén: «Aquí no se tendrá el sentido de las cosas –afirma el oriolano–, pero se tiene el sentimiento». Y pronto su espíritu se reparte entre la naturaleza circundante y la religión católica. Lo que comienza siendo una perfecta simbiosis poética, termina siendo una primera visión del mundo: una cosmovisión católica.

Miguel Hernández se considera parte de la naturaleza, la ensalza y la dignifica desde lo humilde hasta lo majestuoso y sublime. No acude a la naturaleza como pretexto o invención mental; con Hernández, por fin, percibimos la más pura y real de las presencias:

Lagarto, mosca, grillo, reptil, sapo, asquerosos
seres, para mi alma sois hermosos. (...)
Porque, por vuestra boca venenosa y satánica,
fluyen notas habidas en la siringa pánica⁹².
Y porque todo es armonía y belleza
en la naturaleza.

No se trata del *locus amoenus* donde ubicar sus imaginaciones amorosas. Es la naturaleza en todo su esplendor y hermosura. El «Canto exaltado de amor a la Naturaleza» expone con nitidez cómo el joven escritor se siente poeta rescatando todos los aromas, sabores, colores y olores de su huerta:

⁹²*Siringa pánica*: flauta de Pan, dios pastoril de la mitología griega, mitad hombre, mitad macho cabrío; se le representa con cuernos (esto es, rayos y fuerza agresiva de Aries) y con patas de macho cabrío (esto es, vitalidad de los instintos). Habiéndose enamorado Pan de la ninfa Eco, ésta huyó y se precipitó en la corriente del río Laón, en cuyas riberas crecieron unas cañas con las que Pan construyó su flauta pastoril o *siringa*. Se le consideraba dios de la música y de la danza, a la vez que protector de los pastores y rebaños. La leyenda cuenta que al silbar el viento, en los pinares de Arcadia, los pastores creían oír la música de Pan. (Y también durante la siesta). Simboliza el espíritu vital o fecundante de la naturaleza y los instintos primarios y elementales.

Con la humildísima grandeza
del santo Francisco de Asís,
amemos a Naturaleza. (...)

en la abeja sonora y rica,
—gota de oro melodiosa—,
que la flor del romero pica;

en el agua, que honda reposa
y en la que, a flor de tierra, salta;
en la libélula y en la rosa;

en la hierba, que el prado esmalta;
en la araña volatinera,
que teje, primorosa y alta,

con hilillos de luz platera⁹³,
como pestañas de luceros,
una incopiable y plana esfera;

en los organillos viajeros
del regatuelo y la fontana,
que armonizan prados enteros; (...)

en el toro de trágico cuerno;
en el susurro de la mies;
en el sutil ciprés eterno,

—¡oh la eternidad del ciprés!—,

en su raíz, en su corteza...
¡Amemos todo lo que es
parte de la Naturaleza! (...)

El constante diálogo con la naturaleza —que no es otra que la frondosa y fértil vega oriolana del río Segura— se colma de sensualidad pagana al incluir, como ya hemos leído, escenas y alusiones mitológicas. Y ello tiene una explicación: el poeta quiere exhibir sus adquisiciones culturales librescas. Destaca su insólita capacidad de emulación: imita a cuantos escritores admira, en especial a los poetas clásicos españoles (Fray Luis de León, para empezar), pero también a sus contemporáneos (con el nostálgico Juan Ramón Jiménez a la cabeza, o el modernista Rubén Darío, o el costumbrista murciano Vicente Medina, o el Jorge Guillén de la poesía pura de «El ciprés de Silos», de quien copia poemas en su cuadernillo, o del maestro Machado y sus *Campos de Castilla*). El joven Hernández quiere demostrar que, con el esfuerzo de sus lecturas y a pesar de su modesto origen, sabe más que otros que han seguido estudios por su condición económica acomodada. Nos brinda una naturaleza descrita con realismo, a la que añade rasgos bucólicos estilizados; la armonía de lo natural envuelve al poeta en plena soledad (con ecos juanramonianos):

⁹³ *Platera*: del color de la plata.